

SAINETE NUEVO

TITULADO

LOS PAYOS HECHIZADOS.

JUANITO Y JUANITA.

PERSONAS.

<i>Herrador 1.</i>	<i>Juanito:</i>
<i>Herrador 2.</i>	<i>Juanita.</i>
<i>Herrador 3.</i>	<i>La tia Inés.</i>

Plaza del pueblo con una casilla á un lado y otra á otro, con banzo de herrador, en que estarán trabajando con martillos los dos mancebos.

Cantan.—Los dos. Al sonsonito
de mi martillito,
morena del alma,
ven, y bailarás.

*Uno.—*Querida morena,
que con susto y pena
la hora de hablarnos
aguardando estás.

*Los dos.—*Al sonsonito
de mi martillito,
morena del alma,
ven, y bailarás.

Sale el tio Guillermo de maestro de herrador.

*Guill.—*Idos con dos mil demonios
á cantar á los infiernos,
ó vuelvo por una estaca,
y á los tres rompo los huesos.

Manc. 1. Y por qué razon? Usted
se mirará bien en ello.

Manc. 2. Eso de zurrar á nadie...

G. ¡Ay amor, cómo me has puesto! *Ap.*
y qué suspiros son esos,
maestro mio?

*Guill.—*Qué sé yo:
idos todos á paseo,
y dejadme.

Manc. 1. Aun es temprano;
y ya sabeis que tenemos
cien herraduras que hacer.

*Guill.—*Por hoy mas golpes no quiero,
que me duele la cabeza.

Manc. 1. Pero el jornal suponemos
que será cabal.

*Guill.—*Y doble,
si me dejais, os lo ofrezco.

Manc. 1. Pues de ese modo, muchacho,
al rio á ver si podemos
ver nuestras mozas

*Los dos.—*Al rio.

Manc. 2. Todos nos alegraremos
que usted mejore.

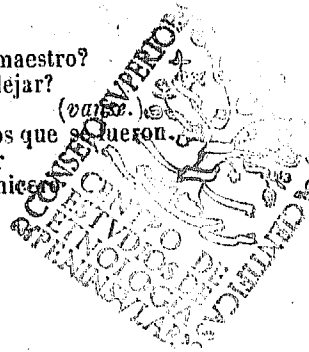
Manc. 1. Qué mosca
le habrá picado al maestro?

*Guill.—*Me queréis dejar?

*Los dos.—*Agur.

*Guill.—*Gracias á Dios que se fueron.
Este perro del amor
es tan maldito hechicero.

R. 60.236



que aires de poco ha de hacerme olvidar mi ministerio.

Yo, que he sido la flor de los mariscales del reino, soy capaz por una moza de abandonar los jumentos, y caballos del lugar?
¡Pobre mariscal Guillermo, y qué herradura Cupido en el corazon te ha puesto! Herradura que forjó en la fragua de mi pecho, adonde son mis suspiros los fuelles de tanto fuego, que me abrasara á no haberle rociado con vino fresco.
¡Ay, Juanita! Pero allí sale su madrina: quiero tantear mi ventura.

Sale la tia Inés de labradora rica.

Inés.—Amigo.

Guill.—Estoy para obedeceros, señora; y por estar pronto á herraros en todo tiempo, he despedido las mulas de Colás el molinero.

Inés.—Me deja muy obligada la preferencia.

Guill.—Os protesto, que jamás tengo mas gusto, que cuando pongo los hierros en la fragua para vos.

Inés.—Lo estimo y vamos á esto: teneis conciencia?

Guill.—Señora, de tener tanta me precio, casi por habilidad en el arte que profeso; y esta en toda la comarca es notoria.

Inés.—Así lo creo.

Guill.—Y sino, díganlo tantos animales como hierro, ó tantos hombres que curo con mi maña y mis secretos. Si supiera seis palabras en latín, y cuatro testos del Calepino, podía ser médico.

Inés.—Pues yo tengo que proponeros...

Guill.—Tambien

yo tengo que proponeros.

Inés.—Un asunto.

Guill.—Yo tengo otro.

Inés.—Un jumentito pequeño teneis...

Guill.—Vos una ahijadita de quince años...

Inés.—Que me ha hecho mucha gracia.

Guill.—A mí tambien.

Inés.—Es el animal mas bello... es la bestia mas bonita...

Guill.—Perdone usted, que yo creo que no es bestia, es inocente; pero si yo la merezco por mujer, dentro de un año no ha de haber en todo el pueblo, mujer soltera ó casada que la llegue con cien dedos.

Inés.—¿De quién hablais? Yo discurro que el juicio se os ha revuelto.

Guill.—De Juanita vuestra ahijada.

Inés.—Si yo os hablaba de vuestro borriquito, que me gusta, y queria comprar.

Guill.—No hablemos mas en la materia; haré que os le lleven al momento: enviadme vos la muchacha con el dote, y está hecho el trueque solemnemente, como dicen, pelo á pelo.

Inés.—No soy boba.

Guill.—Es que un buen dote hace los rostros mas bellos.

Inés.—Vos érais un buen partido para ella; pero no puedo violentar la inclinacion que tiene (y harto lo siento) á Juanillo el entenado de mi mayoral.

Guill.—Por eso no lo dejéis, pues entrambos son dos muchachos esentos tanto de malicia, que aun no entienden los afectos que se tienen uno á otro; y separados vinieron á consultármelos.

Inés.—Cómo?

Guill.—Los dos, de amargura venenos, me contaron su inquietud,

y sus pasiones, creyendo
que estaban maleficiados;
y pidiéndome remedio
eficaz: con que yo hallé
la ocasion por los cabellos.

Inés.—Qué les dijisteis por fin?

Guill.—Que era el mal de tanto riesgo,
que si volvian á verse,
quizá se caerian muertos.

Inés.—En accidentes de amor
discurro que otros remedios
son mucho mas eficaces
que el régimen, tío Guillermo.

Guill.—Sea lo que fuere, señora,
si lo permittis, yo emprendo
curar á Juanita:

Inés.—Bien:
que yo tomaré el empeño
igualmente de curar
á Juanito.

Guill.—Es muy bien hecho,
que una ama cuide de que
sus criados estén buenos.

Inés.—Mi corazon se interesa
n o sé por qué en los aumentos
y salud de este muchacho:
y si él agradece atento
mis finezas, ya vereis
del modo que le establezco.

Guill.—Sea en buen hora.

Inés.—Vedle vos.

Guill.—Está muy bien.

Inés.—Y de lo que adelantemos
en las curas uno y otro
al punto nos avisemos.

vase.

Guill.—Hasta ahora bien va: yo juzgo,
que la viuda y yo no haremos
malos médicos, bien que
sus medicinas recelo
que obren antes que las mias,
aunque no ignoro los medios
de agradar á las muchachas,
que es dárles muchos festejos,
muchas galas y cintajos,
golosinas y dineros;
dárles mucha libertad,
no contradecir sus genios,
y dejarlas hacer cuanto
quieran, malo y bueno.

Sale Juanito.

Juanito.—¡Ay pobrecito de mí!
¡Qué hinchado el corazon tengo!

El arde, él revolotea;
y si delante me quejo
de alguno, se echa á reir.

No se vea cual me veo
ningun pobre. Pero aqui
estaba usted, tío Guillermo?

Guill.—Que hay, Juanito, cómo va
de salud?

Juanito.—Mal: yo no duermo,
ni como, y por las noches,
cuando en la Juanita pienso,
parece que tengo pulgas;
y de los brincos que pego,
hay ocasiones que doy
con la barriga en el techo:
parece el pulso al reloj,
cuando estaba descompuesto...
ta, ta, ta, ta, ta, ta...

y cuando á la chica veo,
ni yo sé por qué me gusta,
ni sé por qué la aborrezco;
ni yo sé por qué me rio,
ni por qué me pongo sério;
ni yo sé qué he de decilla,
ni lo que me pide el cuerpo;
ni yo sé... qué he de saber...
Diga usted, señor Guillermo.
los ojos de las muchachas
bonitas tienen veneno?

Guill.—Yo sé de algunos, y algunas,
que en mirándose cayeron.

Juanito.—¡Zape! pues amigo, yo
tambien caeré, no hay remedio.

Guill.—Pobrecillo.

Juanito.—Mire usted;
para apagar este fuego
me he estado dentro del rio
veinte y cuatro horas en cueros:
yo no he comido en tres dias
mas que ensalada de berros
y malvas, por si era abito:
como esta un hombre al sereno,
por si era algun costipado,
he sudado el poco sebo
que tenia: finalmente,
yo me he atracado el colete
de membrillo, y bellotas,
por si acaso era despeño;
y solo sé que poquito á poco
me voy muriendo.

Guill.—Hijo mio, te cogió
un terrible sortilegio.



Juanito.—Y cree usted, que esto venga de Juanita?

Guill.—Así lo creo.

Juanito.—Pues ella es muy niña para hacer estos embelecos.

Guill.—No sabes que en esta ciencia, adelantan mucho y presto las mozas?

Juanito.—Y véala usted, que tiene un aire modesto, y simple, que no parece alza los ojos del suelo.

Guill.—Hijo, esas son la peores.

Juanito.—Pero si yo no la he hecho nada á Juanita...

Guill.—Es capaz de hechizarte por lo mismo.

Juanito.—Y en qué vendrá esto á parar sobre poco mas ó menos?

Guill.—En morirte.

Juanito.—¡Zapateta!

Guill.—O en volverte lobo negro: y andarás aullando siempre por los valles y los cerros.

Juanito.—Misericordia, San Roque; si me librais os ofrezco no volverla á ver jamás.

Guill.—Esto es lo que te aconsejo.

Juanito.—Y diga usted, no pudiera tambien yo ser hechicero, y vengarme.

Guill.—Bien se puede.

Juanito.—Pues dígame usted el secreto
Guill.—Te has de estar por quince dias encerrado en tu aposento solo...

Juanito.—Sin ver á Juanita?

Guill.—Sí.

Juanito.—Pues digo, que no puedo tirar tanto, y que á los tres ó cuatro dias me muero.

Guill.—No desconfíes. Despues has poner en el fuego un corazon de una gata.

Juanito.—Y si es gato no hará efecto?

Guill.—No. Hasta que esté bien tostado y le harás polvos.

Juanito.—No quiero; que quizás se morirá Juana, ó irá enflaqueciendo; y está tan gorda, y tan linda: usted busque otro remedio,

que ese no sirve.

Guill.—Vaya otro.

En viéndola desde lejos nunca la esperes, sino vuelve la espalda diciendo: Abracadabra flin flores.

Juanito.—Abraca qué?

Guill.—Majadero, abracadabra.

Juanito.—Está bien.

Guill.—Y corre al paraje opuesto.

Juanito.—Así curaré?

Guill.—No pronto:

pero irás á buscar luego á su madrina, que acabe la cura.

Juanito.—Qué entiende de eso ella?

Guill.—Es la mujer mas hábil para curar los enfermos de mal de ojo...

Juanito.—De qué ojo?

Calle usted, tío Guillermo.

Canta dentro Juanita.

«Pi, pi, pi, pi,
pollitos chiquitos,
graciosos, bonitos
venid tras de mí:
pi pi, pi pi:
tomad las miguitas,
que os dan mis manitas,
del pan que comí;
Pi, pi, pi pi.»

Juanito.—¡Ay tío Guillermo, quién fuera un pollito pequeño!

Guill.—Pues desear buena cosa.

No adviertes, no miras, necio, que los halaga, y los ceba para zampárselos luego?

Juanito.—¡Válgame Dios!

Guill.—Huye pronto, kuye.

Juanito.—Pero, tío Guillermo...

Guill.—Quieres marchar? Ya estás todo turulado, y macilento,

Juan.—Sí, voy... Cómo? Aguarda cabra flin folas. *Pase.*

Guill.—Yo me muero de risa con su inocencia: Esto se va componiendo.

Sale Juana.

Juanita.—No estaba Juanito aquí?

Guill. — Ya se fué.

Juana. — ¡Jesús, qué miedo le he tomado!

Guill. — Haces muy bien.

Juana. — Y es el caso, que me pelo por verle. Mis compañeras dicen que éste es el tormento de amor.

Guill. — Es la enfermedad que mas estragos ha hecho en las mozas.

Juana. — Pobre Juana, que tus ansias van creciendo por instantes, y es preciso que te mueras con el tiempo.

Guill. — ¿Sabes que estás hechizada?

Juana. — Sí, señor; harto lo siento, y lo lloro

Guill. — A ver el pulso? Si es delirio manifestado, tú no duermes...

Juana. — Es verdad.

Guill. — Y por las noches apuesto a que te sientes peor.

Juana. — Así es. Déme usted un remedio por amor de Dios.

Guill. — Juanita, la receta que yo encuentro para ti es un buen amante.

Juana. — Y qué es un buen amante?

Guill. — Esto: es un buen enamorado, que te ame... yo, por ejemplo.

Juana. — Ohi, vos no sois un amante.

Guill. — Y por qué?

Juana. — Por que sois bueno, y los amantes me han dicho que todos son hechiceros.

Guill. — Hay unos que dan hechizos, y hay otros que curan de ellos: hay unos que a las muchachas las ponen, segun sus genios, tristes, y otros muy alegres; y yo soy uno de aquellos que las hacen reir.

Juana. — Usted perdone, señor Guillermo, que usted, no me hará reir mientras en Juanito pienso.

Guill. — Estando siempre conmigo.

Juana. — No tal.

Guill. — Estás disgustada

conmigo?

Juana. — Mientras hablemos de Juanito, no señor.

Guill. — Aparta esos pensamientos melancólicos; y para que te diviertas dancemos, si quieres.

Juana. — No tengo gana ahora.

Sale la tía Inés.

Inés. — Señor maestro, habló usted con aquel mozo?

Guill. — Sí señora.

Inés. — Y qué tenemos?

Guill. — Que está hechizado tambien como esta hasta los huesos.

Inés. — Con que te hechizó el bribon?

Juana. — Sí señora.

Inés. — Y cómo fué eso?

Juana. — Yo no lo sé; si no que fuese, ahora que me acuerdo, una tarde de la Pascua, que le encontré junto al huerto de la Ermita, que llevaba un ramillete muy bello, con un liston encarnado; quiso ponérmelo al pecho; y yo como no pensaba que podia ser malo aquello, dejé que me le pusiera.

Inés. — Así caen en el anzuelo las mozas incautas.

Guill. — Flores?

Maí hechizo.

Juana. — Lo que es cierto, que yo traigo la cabeza perdida de de aquel tiempo.

Inés. — Y qué has hecho de las flores, y la cinta?

Juana. — Allí las tengo, madrina mía, y usted las verá, porque yo creo que en ellas está el hechizo, pues cada vez que las veo, suspiro.

Inés. — Es fuerza arrojarlas.

Guill. — No, sino echarlas al fuego.

Juana. — Pues aun hay mas.

Guill. — Cómo mas?

Inés. — Vaya, dílo.

Juana. — Me avergüenzo...

Inés. — No llores.



Juana.—Que al despedirnos,
el picaron hechicero,
para acabar de hechizarme,
me llamó cara de cielo;
dijo, adios, y me dió una
puñada en el hombro izquiezdo.

Inés.—Qué más?

Guill.—Qué es poco? El demontre
de Juanito es bien travieso.

Inés.—Vaya, ¿y despues?

Juana.—Desde entonces,
donde quiera que le encuentro,
que llegue ó no llegue hablarme,
allí plantada me quedo:
si no es él, cualquiera mozo
me parece tonto y feo:
y en fin no tengo otro gusto
que pensar en mi tormento.

Inés.—Pues hija, es fuerza privarte
con él de todo comercio.

Guill.—Yo soy del propio dictámen.

Juan.—Madrina, y lo peor del cuento,
es, cuanto más me aflige
yo más bienes le deseo:
que no haga otra hechicería
peor es lo que yo temo.

Inés.—Al instante has de volverle
los presentes que te ha hecho.

Guill.—En ellos está el hechizo.

Juana.—Pronta estoy á obedeceros:
yo le volveré la cinta,
y el ramo aunque ya está seco.
Pero la puñada...

Guill.—Esa
dámela á mí.

Juana.—Tío Guillermo,
esa es falta de conciencia:
No veis que tiene otro dueño?

Inés.—Mariscal, juzgo que no
tienen cura estos enfermos.

Guill.—Tal me parece, señora;
pero no desesperemos.

Inés.—Idme á buscar al muchacho.

Guill.—Al instante voy y vuelvo. *Váse.*

Inés.—Y á tí te mando que nunca
vuelvas á hablarle, ni verlo.

Juana.—Muy bien.

Inés.—Vete á divertir
con las mozas al paseo,
ó al rio, y puedes volver
á casa en anocheciendo.

Juana.—Diviértete... Tengo gana

de divertirme por cierto;
cuando yo era niña, en todo
hallaba entretenimiento,
sin tener algun cuidado;
y conforme voy creciendo,
con nada sino en pensar
en Juanito, me entretengo.
Ahí viene... voy á buscar
sus alhajas allá dentro
para volvérselas. Vaya
á hechizar á los infiernos. *Vánsa.*

Sale Juanito.

Juanito.—Quisiera ver á Juanita
la última vez por si puedo
recobrar mi libertad;
y si su corazon terco
se resiste, el de la gata
pongo al instante al brasero,
y sea lo que Dios quisiere...
pero allí sale. Ya tiemblo.
Volor, Juanito; y no mires
en semejantes encuentros,
que es hermosa, si no mira
de la suerte que te ha puesto.

Sale Juanita.

Juana.—Me alegre, señor Juanito,
de ver á usted.

Juanito.—Mas me alegre
yo de ver á usted, señora
Juanita.

Juana.—Saber deseo
por qué me trata usted así?

Juanito.—Yo también á usted le ruego
me diga por qué razon
me ha elegido para efecto
de su malicia.

Juana.—Malicia?
Yo malicia?

Juanito.—Ya te entiendo:
sí: quién ha hechizado á quién?

Juana.—Bien lo sabes tú, perverso,
mejor que yo, pues tú has sido.

Juanito.—Ahora salimos con eso?
embustera, y bruja? Vas
lindas gracias descubriendo.

Juana.—Yo embustera? Pues dí, tonto
por quién perdí yo el sosiego
los dias? por quién cogí
tantas noches el sereno
á la ventana? por quién
todos los bailes del pueblo
dejé yo si tú no estabas?

por quera estando comiendo,
dejaba el mejor bocado
guardado entre mi pañuelo?
por quién de todos los mozos
aborreí los requiebros,
y finalmente, por quién
há tantos días que peno,
sino por tí? Y aun dirás
que no eres tú mi hechicero.

Juanito.—¡Ay, zalameral
yo sí que testigos tengo
de que siempre me has traído
la cabeza al retortero.
Por quién, dí, salté las tapias
tantas veces de los huertos,
para llevarte las frutas
tempranas siempre el primero
dejando las pantorrillas
en las bocas de los perros?
Por quién desde la majada
todas las noches de invierno,
y las siestas del verano,
sufrir bochornos, y hielos?
por quién llegué á aborrecer
todas las horas del sueño,
que interrumpían mis dulces,
y continuos pensamientos?
por quién en toda mi vida
de mi libertad fui dueño;
ni tuve pesar contigo
ni sin tí tuve contento?
Y cuando al fin me has trocado
esperanzas en despechos,
dirás que no son por tí
los hechizos que padezco.

Juana.—Sí, ingrato, y también diré
que solo de oírte tiemblo.

Juanito.—No tienes de qué temblar;
que yo soy el que me muero.

Juana.—Antes me moriré yo.

Juanito.—Juanita qué no hay remedio?

Juana.—Qué no hay remedio, Juanito?

Juanito.—Acuérdate del extremo
con que te quise.

Juana.—Haz memoria de cuando...

Juanito.—No hagas pucheros,
mujer.

Juana.—Y tú por qué lloras?

Juanito.—Pero, mujer, yo qué he hecho
qué he hecho yo, mujer?

Juana.—Juanito,
tú me atraviesas el pecho

con un puñal

Juanito.—Dónde está?

Juana.—Toma, toma, no quiero
ni tu ramo, ni tu cinta.

Juanito.—No me hagas ese desprecio:
mira qué también yo sé
hacer hechizos, y tengo
unas palabras. . .

Juana.—Madrina,
amparo.

Juanito.—No alborotemos
la vecindad. Lo que importa,
es deshacer al momento
los hechizos.

Juana.—Pues deshazlos
tú, que eres quien los ha hecho.

Juanito.—Daleoola.

Juana.—Aguarda: sabes
quien padeció de los mismos
males?

Juanito.—Quién?

Juana.—Pepe y Colasa.

Juan.—Es verdad; que yo me acuerdo
de haberlos visto andar como
espantados por el pueblo,
y flacos: pero te acuerdas
tú como convalecieron?

Juana.—Sí, sí: mira se casaron,
y estaban á poco tiempo
como ahora, Dios los bendiga,
tan gordos y tan risueños.

Juanito.—Pues yo quisiera reírme,
y engordar; pero es el cuento,
que no sé lo que es casarse.

Juana.—Sobre poco mas ó menos
yo sí que he estado presente
á dos ó tres casamientos.

Juanito.—Y cómo es? que me parece
que solo de oírlo me siento
algo mejor.

Juan.—Mira: van
á la iglesia muy compuestos,
hablan con el señor cura
y el sacristan muy atentos;
y despues... Daca esa mano...
No, la otra, majadero.

Juanito.—Toma, las dos y tú elige
la que quieras.

Juana.—Ponte serio.

Juanito.—Hola, y tú por qué te ries?
Sale Guillermo.

Guill.—¡Hola, hola!



Sale Inés.

Inés.—¡Bueno, buenol!

Guill.—El tal Juanito no es bobo.

Inés.—Hola, muchacha, qué es esto?

Juana.—Pensar en curarnos de los males que padecemos.

Inés.—Yo te lo estimo; pero ese es cuidado de que quiero yo encargarme con casaros á los dos; y así al momento, para estar buena, te has de casar con el tío Guillermo.

Guill.—Y cuanto antes, que á su mal no hay otro contraveneno.

Inés.—Lo aceptas.

Juana.—Yo sí, madrina; á ver si logro con esto tratar siempre á mi Juanito sin tanto desasosiego.

Guill.—En ese caso, mejor será que no nos casemos.

Inés.—Yo pretendía curarte también.

Juanito.—Pero yo mas quiero

morir que el que usted me cure. Juanita, prosigue el cuento, que es lo que importa.

Guill.—Es preciso que otro partido tomemos, señora, y que ellos se casen para que se maten luego.

Inés.—Pues, hijos, no padeceis otros males que quereros de buena fe el uno al otro, yo vuestra boda consiento, que dispondré cuanto antes.

Juanito.—Y en casándonos qué haremos?

Guill.—Ah, bruto: ¡que dé Dios mocos á quien no tiene pañuelo!

Inés.—Ea, vamos á juntar la gente moza del pueblo, que de Juanito y Juanita con diversiones y juegos celebren los desposorios.

Guill.—Y la idea concluyendo, por lo nuevo y por lo raro:

Todos.—Logre perdon de sus yerros

FIN.



MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11